

## ***JORNADAS SOBRE LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN Y LO POLÍTICAMENTE CORRECTO***

***MADRID, 30.01.09***

### ***Una primera reflexión personal sobre “La libertad de expresión y lo políticamente correcto”***

Salvador Estébanez Eraso  
Delegado del Gobierno de Navarra en Madrid

La libertad propia termina donde comienza la libertad del otro; éste es un aprendizaje muy duro que comienza en la infancia y nunca termina. Por tanto cada uno de nosotros vive en una tensión permanente para actuar con la máxima libertad individual posible, pero sin llegar a provocar una reacción negativa en el otro, que nos pudiera causar un perjuicio.

Esta tensión se manifiesta especialmente en nuestra comunicación verbal con el otro. Nuestra dimensión social nos hace sentir la necesidad de contar al otro nuestro pensamiento, creencias o convicciones. Esta necesidad de contarle al otro tendería a ser siempre sincera y con mayor o menor grado de vehemencia según nuestros sentimientos, si no fuera claramente influida por nuestra estimación del efecto que nuestras palabras van a tener en nuestro interlocutor.

Nuestra sociedad del conocimiento ha hecho que la mayoría de las personas presupongan que sus interlocutores tienen ya una información previa considerable sobre cualquier tema a tratar. Esta gran cantidad de información compartida lleva a que la mayoría de las personas tienda a situarse, al menos inicialmente, en lo que podríamos llamar la opinión mayoritariamente aceptada: algo así como situarse cerca del punto medio en la curva de Gauss.

Dicho de otro modo, presuponer que el interlocutor ha asimilado probablemente una gran información sobre cualquier tema sobre el que se va a comunicar, provocara una tendencia generalizada a iniciar una comunicación con una declaración casi indiscutible; naturalmente, siempre que el objetivo no sea provocar.

Este fenómeno en principio parece positivo, ya que refleja la toma de conciencia individual de que uno está viviendo en una sociedad más informada que en épocas anteriores. Sin embargo parece que puede tener algunas consecuencias no tan positivas.

Veamos, el hecho de que una mayoría ilustrada tienda a expresar opiniones que buscan situarse en el consenso, tiene como resultado un lenguaje concreto que a medida que se va

generalizando tiende a cristalizar en unas expresiones lingüísticas que se convierten en verdaderas muletillas que acaban dificultando una verdadera comunicación. Esta tendencia es especialmente visible en la comunicación oral, particularmente en las conversaciones cotidianas.

Cuando uno escucha a un interlocutor utilizando ese lenguaje, uno empieza a dejar de escuchar verdaderamente al otro, e incluso aparece, en mayor o menor grado, la duda sobre la sinceridad del otro. Pensemos en nuestras reacciones a los comentarios de muchos de nuestros políticos. Estamos entrando en el lenguaje políticamente correcto.

Sin embargo, si osamos salirnos de ese corsé lingüístico nos arriesgamos a ser calificados inmediatamente de un desvío sospechoso de ese consenso generalizado. Ante esta tensión lingüística, añadida a la tensión natural que siempre ha existido entre los seres humanos, la espontaneidad, la sinceridad, el flujo comunicativo se coarta o sufre de una inhibición añadida.

Hasta aquí una primera consideración sobre las restricciones comunicativas originadas por la actual sociedad de la información. Ahora unas breves consideraciones sobre los valores.

Cuando los valores religiosos eran predominantes en la sociedad en épocas anteriores, el lenguaje comunicativo estaba claramente influenciado por esos valores. Uno podía ser fácilmente acusado de irreverente, blasfemo, hereje o apóstata.

En la actualidad no son los valores religiosos per se los dominantes a nivel de sociedad, sino que van siendo progresivamente sustituidos por los valores cívicos propios de una sociedad libre y democrática. A este nivel genérico no hay controversia, pero a medida que se avanza en el grado de concreción comienzan las discrepancias. Estas discrepancias se alinean fundamentalmente a los dos lados de la frontera que separa la libertad individual de la libertad de los otros, más que del otro. Es decir la frontera donde se pasa del yo a la sociedad.

A mayor valoración del individuo y argumentando la libertad individual como valor supremo, mayor resistencia se produce a aceptar el lenguaje políticamente correcto. El individualista se siente incómodo escuchando el lenguaje políticamente correcto y se siente amordazado cuando se ve “obligado” a hacerlo. Esta incomodidad se articula como una falta de libertad.

A mayor valoración de la dimensión social del individuo, mayor aceptación del lenguaje PC. Se acepta su uso y se juzga severamente a quien no lo sigue. Se considera el lenguaje PC como una “chaqueta de fuerza” amable que nos ayuda a “progresar” como sociedad.

El reto, a nivel de valores, está en ir ampliando el uso de un lenguaje PC como resultado de un proceso entre los actuales detractores, sin imposiciones, para lo cual es imprescindible que los defensores del PC sean más tolerantes con los que a menudo encasillan con demasiada facilidad en retrógrados.

El reto, a nivel de lenguaje, es que lo PC no se sedimente en unas fórmulas lingüísticas que fosilicen el pensamiento.